

Globalización e identidad nacional mexicana: un análisis desde la comunicación

*María de la Luz Casas Pérez**

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MONTERREY,
CAMPUS CUERNAVACA

El concepto de la identidad nacional mexicana ha sido sumamente útil para promover consenso y cambio social, pero poco se ha revisado desde la perspectiva de la comunicación en el contexto de la globalización.

El presente análisis tiene por objeto recorrer las diferentes perspectivas de la visión de "lo mexicano" desde la propuesta conceptual originaria en el marco de la construcción de la nacionalidad mexicana, hasta sus quiebres más recientes en el contexto de la emergencia de la globalización y la irrupción de los procesos y nuevas tecnologías de comunicación que han enlazado a México con el resto del mundo.

Esta propuesta tiene, entre otros objetivos, el de replantear las concepciones originarias del término identidad nacional para acercarse a otras nociones mucho más abarcadoras en el marco de la comunicación, la globalización y la interculturalidad.

Palabras clave: *identidad nacional mexicana, comunicación, globalización.*

The notion of Mexican national identity has been quite useful in the process of generating consensus and social change. Several analyses have been made in the past, but seldom have to deal with the concept from the standpoint of communication in the context of globalization.

* Profesora- investigadora del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Cuernavaca, y profesora asignada a la Cátedra de Investigación del Centro de Investigación en Comunicación e Información (CINCO) y de la Cátedra de Investigación en Medios Audiovisuales y Globalización en América del Norte (CIMAGEN) del ITESM, Campus Monterrey.

This analysis revises different perspectives of "lo mexicano", from the original concept and the construction of the Mexican national identity, until its recent modifications in the context of globalization and new technologies.

The author's proposal reviews the original national identity concept in order to deal with more encompassing notions of communication, globalization and interculturality.

Key words: Mexican national identity, communication, globalization.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo aborda la problemática de la identidad nacional mexicana desde el punto de vista de la comunicación y de la cultura,¹ y muy particularmente desde los desafíos que plantean las nuevas conformaciones políticas y sociales del nuevo milenio. También se ocupa del papel de los medios de comunicación en el marco de la globalidad, y de los retos que dichas transformaciones suponen para la construcción de una identidad nacional autónoma y vibrante.

El propósito de este trabajo no es abordar a fondo ni el problema de la globalidad, ni la problemática de la compleja identidad nacional mexicana que, como muchas otras identidades nacionales se encuentran en transformación permanente solo para eclipsarse entre una maraña de identidades múltiples. Nuestra pretensión es simplemente presentar el panorama de un México que lucha, entre otras cosas, por insertarse en la globalidad, por arraigar a una sociedad que se transforma dentro de un contexto social, cultural y político convulsionado, y que transita del campo de las identidades múltiples y de las identidades nacionales a las identidades personales, de la mano del impulso de la vigorosa transformación tecnológica de los medios de comunicación.

Las identidades nacionales forman parte del reducto esencial de la construcción del Estado-nación, entendido éste, como construcción social e histórica, había sido, hasta hace pocos años, el referente dominante que le daba sentido

¹ A fin de definir un parámetro básico de análisis para el fenómeno cultural, entendemos aquí por cultura, al conjunto de procesos sociales de significación, o de un modo más complejo, al conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social (García Canclini, 2004, p.34); también consideramos a los fenómenos de comunicación y cultura, en un sentido amplio, como signos de la realidad social, que permiten comprender al mundo y hablar de él, pero además en mecanismos que unen al ser compartidos con otros (Wolton, 2004, p. 47).

a los procesos de producción y reproducción social (Béjar y Rosales, 1999); no obstante, el orden político y simbólico tradicional se ha trastocado en el marco de la globalidad y con la presencia de los modernos medios de comunicación. La aparición de estructuras de bloque, de entidades supranacionales al tiempo que aparecen reivindicaciones regionales y étnicas es ejemplo vivo de la producción deslocalizada que circula a través de las nuevas redes tecnológicas informáticas.

La sociabilidad política sobre la que opera la nueva economía globalizada, se reconstruye sobre la base de zonas devastadas e inviables según los parámetros dominantes; de manera que, hoy más que nunca es menester preguntarse qué papel juegan las identidades nacionales, la comunicación y la globalidad sobre los procesos de desarrollo de regiones específicas como lo puede ser en este caso América Latina.

En este contexto, y en esta época caracterizada por la velocidad y la mutación, es que debemos preguntarnos sobre el papel actual del Estado, sobre la reconstrucción de las identidades nacionales, regionales, locales y personales, sobre la relación entre las identidades nacionales y la pluralidad cultural, y sobre el papel de los medios de comunicación en todo el proceso (Béjar y Rosales, 1999, p.19).

En el caso de México, los cambios a los que se ha visto sometida la sociedad mexicana en los últimos tiempos, ha obligado a la flexibilización del Estado en un escenario en el cual poco a poco se ponen de manifiesto nuevos problemas derivados de la coexistencia de proyectos nacionales distintos. Resulta por tanto importante, reflexionar, una vez más, acerca de los reductos de la nacionalidad mexicana y de su permanente transformación identitaria.

LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA

¿Quién es el mexicano o qué es lo mexicano?

Esta pregunta se ha formulado a lo largo de la historia de la intelectualidad mexicana, tanto desde la filosofía política en los tiempos en los que fueron publicados *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes (1917), *El perfil del hombre y la cultura* de Samuel Ramos (1934), *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz (1959), *Conciencia y posibilidad del mexicano* de Leopoldo Zea (1952) como de otros estudios provenientes de la sociología o de la psicología como *El mexicano: psicología de sus motivaciones* de Santiago Ramírez (1968), *El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales* de Béjar (1983), o bien, de trabajos provenientes de la

antropología como *La jaula de la melancolía* de Roger Bartra (1996) o, el *México profundo* de Guillermo Bonfil Batalla (1991), con el propósito fundamental de desentrañar la identidad nacional y la esencia de lo mexicano.

Es un hecho que toda la literatura ubica la identidad del mexicano y su esencia como un ser histórico; de manera que, en tanto que ente histórico y definible en un determinado espacio y tiempo, su identidad responde a una determinada estructura social que se caracteriza por rasgos y transformaciones ejercidas eventualmente por el contexto en el que se relaciona. En esos términos, se ha definido al mexicano en tanto que su identidad personal, entre otras cosas como un ser desconfiado, susceptible, impulsivo, caritativo, revestido de complejos como el *machismo* o el *malinchismo* (Béjar y Rosales, 1999, p.19), que emana del lugar que ha ocupado en la historia y del papel que ha jugado este pueblo en el nacimiento mismo de la nación mexicana. En todo caso, los mexicanos hemos transitado por un difícil recorrido que ha implicado, entre otras cosas, la construcción de una identidad nacional mexicana, que ha sido menester articular a través de la presencia de elementos aglutinadores básicos capaces de integrar una idea de nación.²

El proyecto nacional mexicano más reciente, emanado en sus bases filosóficas de los ideales de liberales y conservadores del siglo XIX, fue la semilla originaria de un nacionalismo que, revestido de folclor y realismo, se constituyó en el siglo XX como el ideal modernizador del Estado revolucionario.³ No obstante, dicho proyecto nacional promovido por el Estado mexicano durante buena parte del siglo XX, junto con una buena dosis de identidad nacional revolucionaria, hizo crisis en los albores del siglo XXI cuando México tuvo que incorporarse a la dinámica internacional a través de un paulatino y continuado proceso de apertura hacia la globalización.

Si bien México experimentó un importante desarrollo en el período post-revolucionario, la incorporación franca de México a los procesos de globalización se dio durante la década de los años ochenta. La apertura económica trajo, entre otras cosas, una importante presión interna que dio por resultado también la apertura política y la transición a la democracia, aspectos que en su

² Ramos por ejemplo al igual que Paz, afirman que los mexicanos hemos vivido a la sombra de un ideal de modernidad inalcanzable, y que permanentemente ocultamos nuestra verdadera identidad bajo la imitación de lo "extranjero".

³ Las elecciones presidenciales del año 2000, son el referente político más importante en la historia reciente de México, ya que el país cambió de régimen dejando atrás al partido de Estado que había gobernado y difundido la ideología revolucionaria durante más de setenta años.

conjunto, incidieron de manera definitiva en la transformación de una identidad nacional⁴ que, apuntalada originalmente por el Estado y por un sistema centralizado de medios de comunicación, sostenía de manera monolítica los rasgos fundamentales de la nación.

En el año 2000 México no solo cambió de partido en el poder sino también de régimen. Vicente Fox, el candidato del Partido Acción Nacional ganaba las elecciones y por primera vez desde el período post-revolucionario, los mexicanos tuvimos un presidente que no militara en el Partido Revolucionario Institucional. Ello implicó no solamente una transformación hacia la democracia, sino también el resquebrajamiento del viejo sistema presidencialista priísta, que había dominado al país durante años. No obstante, el sexenio del primer presidente no-priísta no rindió los frutos que muchos de los mexicanos esperaban.

La nación se había transformado. No solamente no habían sido alcanzadas las metas de desarrollo prometidas, sino que el país iniciaba el siglo XXI con una fractura importante en el sistema político que habría de pasar factura a las clases sociales menos favorecidas; pero además, la identidad nacional mexicana había sido trastocada. No obstante, el nuevo rostro de México no sería claramente visible sino hasta algunos años después.

Justamente en el momento en que el país se encaminaba a una nueva elección presidencial, los cambios se hicieron evidentes: en los días previos a la jornada electoral, los candidatos presidenciales hablaban de respetar los resultados de los comicios. Las campañas habían estado salpicadas de toda suerte de imprevistos y vericuetos, y los medios de comunicación, -gozando por fin de libertad de expresión plena- azuzaban a la población aprovechando los ataques de un candidato hacia el otro, sin percatarse de que con ello provocaban también una división ideológica aún más acuciosa entre la población. Hubo pre-debates, debates incompletos y post-debates. Los medios se volcaron en la cobertura de todo cuanto hacían los candidatos. Pasadas las agrias campañas, el país se enfrentó ante la cruda realidad de unos comicios muy competidos. Al día siguiente de la elección, los medios anunciaban que no había claridad respecto de quién sería el próximo presidente de México. A partir de ahí, se inició una larga batalla de denuestos, declaraciones, impugnaciones y reclamaciones de

⁴ En opinión de Capello, la identidad nacional y el carácter cívico-político son un producto *holístico* de la aparición histórica del Estado nacional, conteniendo tanto nuevas como renovadas instituciones provenientes de otros paradigmas de organización social que incluyen tanto dimensiones culturales y sociales, como económicas y políticas (Capello, 2006).

fraude; lo demás es historia. Ante la victoria del candidato Felipe Calderón del Partido Acción Nacional, el candidato de la Alianza por México Andrés Manuel López Obrador se inconformó y llamó a la resistencia civil.

La ciudad de México fue víctima de 47 días de plantones y manifestaciones. El Presidente Fox fue impedido de dar su último informe de gobierno ante el Congreso de la Unión y se vio obligado a entregar solamente la glosa escrita. A los pocos días, el Tribunal Federal Electoral daba como candidato electo a Felipe Calderón.

Los tradicionales festejos por la independencia de México se vieron coronados por dos manifestaciones distintas: las de un país que por un lado daba el grito institucional en el pueblo de Dolores de Hidalgo, Guanajuato, cuna de la independencia nacional, y la de un pueblo en desobediencia civil que clamaba traición a la democracia en el zócalo capitalino. Al día siguiente y como si nada hubiera pasado: la plancha de la plaza de la constitución se vestía de gala para el desfile militar conmemorativo del 16 de septiembre.

Hoy, las condiciones de la convivencia social parecen estarse gestando sobre bases nuevas. El Estado ya no tiene control sobre los factores que anteriormente dibujaban el rostro de la identidad nacional. Los actores políticos tradicionales ya no tienen en sus manos ni el control del país, ni los grandes discursos que podían asegurarnos al menos una tierna apariencia de estabilidad. Hoy se han desgastado las palabras.

Entre los rasgos que dibujaban el rostro del mexicano, no aparece todavía claramente el de la tolerancia ante la diversidad de posiciones. Los mexicanos incrédulos, absorbemos la información que día con día nos suministra la prensa respecto de los convulsos acontecimientos. Ante los medios que nos presentan un caleidoscopio de imágenes que retratan las nuevas condiciones y las posibilidades, la monolítica identidad nacional que nos había servido para construir al país sobre la base de la unidad, está doliente y conviviendo con otras identidades: las regionales, las étnicas, las de grupo y las globalizantes.

COMUNICACIÓN Y GLOBALIDAD

El surgimiento de nuevos medios de comunicación no es ajeno a las transformaciones en la economía, la política, y la sociedad a nivel global. Por ello, de la misma manera que el movimiento dinámico de la sociedad condensa, promueve, transcribe y avala transformaciones en la cultura, la movilidad de los sujetos y otras condicionantes transformadores de lazos sociales inciden transversalmente

a los estamentos sociales y políticos en sus condiciones de integración y cohesión política modificando las aspiraciones de índole universal de los sujetos, y transformando sustancialmente la identidad de las naciones.

En esta época de grandes cambios mundiales, los medios de comunicación y sus contenidos son pieza clave para entender la conformación de identidades múltiples en contextos de hibridización. Por tanto, el papel del Estado y de los medios resulta esencial, no solamente para atender a las demandas de los cambios, sino también para transformar a las demandas de un mundo interconectado. La comunicación, a través de sus estructuras mediáticas, se convierte así en el eje que cruza diversos aspectos de la vida social, desde la cultura hasta la política, pasando por la generación de intercambios informativos esenciales para la construcción del conocimiento y la generación de las identidades nacionales en la sociedad global.

La globalización, por tanto, responde a los efectos de los procesos recientes de *interconexión de realidades* que articulan fenómenos específicos de vinculación de economías distantes, pero que generan otros procesos interconectados en el ámbito de lo social, lo cultural y lo político. No obstante lo anterior, los fenómenos de globalidad no se dan sino como parte de una necesidad de relación política en la que inevitablemente participa la tecnología, y es que la tecnología frecuentemente sirve al poder y se sirve del poder.

Por ende, hay que recordar que la tecnología permite no solo llevar nuevos bienes y servicios a latitudes diversas, sino también información, y que en la sociedad de información, el nuevo valor de cambio y de intercambio es la información misma. El concepto de globalización, por tanto, emana de un sustrato de índole eminentemente económica; de hecho, estar globalizado implica tener la condición de acceso irrestricto de bienes y servicios de naturaleza diversa para el consumo mundial, pero ni lo uno ni lo otro son posibles sin la información y la comunicación.

La globalización, como el fenómeno de apertura de fronteras y liberalización de mercados que ahora conocemos, no implica entonces una concepción económico-política nueva o privativa de este siglo, puesto que en realidad se refiere a fenómenos de flujo de capital de inversión de un país en otro que ya se venían gestando desde siglos anteriores (Chomsky, 1997, pp.13-14), pero sí se relaciona de manera nueva con el deseo de transformarse en grandes consumidores del mundo. Así, la extensión del mundo es posible gracias a la extensión de las actividades económicas, y la extensión de las actividades económicas, es posible gracias a la tecnología.

Pensar en la globalización es por tanto pensar en la expansión del mundo y en una *concepción específica de mundo*; implica, por tanto, reconocer que lo mundial hace referencia más bien a aquello que es conocido, y que por ser conocido puede ser objeto de dominación.⁵ No obstante, y dado el origen occidentalizante⁶ del término globalidad estamos frente a una visión fundamentalmente económica del mundo y expansionista de los mercados, neoliberal y sobre todo fundamentalmente reduccionista de la actividad estatal, en la cual las identidades nacionales y nuestra condición de ciudadanos se diluyen para dar paso a las identidades globales y a la etiqueta de consumidores globales.

Así, la unificación del discurso alrededor de un entorno conocido y de un futuro prometedor, está prevista en términos de la uniformización de los objetivos de una ideología globalizante que emana de las grandes corporaciones transnacionales. Los Estados-nación de la periferia, circulan en sus lógicas desarrollistas alrededor de las concepciones de evolución y cambio que les entregan las economías más avanzadas.

Pero la globalización no es una fuerza irrenunciable; antes bien, la estandarización prometida en el nivel social y cultural a través del acceso a la misma cantidad de bienes y servicios en todas direcciones no ha traído como consecuencia una uniformización de los gustos y de las identidades. Las diferentes culturas y las naciones, a pesar de haber gustado ya del acceso a los diferentes bienes, claman por el derecho a su expresión libre y autónoma, y por la decisión libre y soberana de sus Estados-nacionales.

La globalización pues se ha encontrado con un freno ante las visiones uniformizadoras que vienen desde los polos del poder financiero internacional y muestran ya los síntomas de la degeneración de un capitalismo tardío.

Ahora bien, no todos los gobiernos, ni todos los Estados se han manifestado en la misma tónica: mientras en Europa los ciudadanos se rebelan ante la gestación de nuevos poderes supranacionales, en muchos otros países, incluidos los de América Latina, los gobiernos hacen cabildeo o *lobbying* para traer inversiones y para insertarse en las economías de bloque que les permitirán acceder

⁵ Aquí hacemos referencia al concepto de *economía-mundo* del historiador Fernand Braudel (*Écrits sur le histoire; Le monde actuel, histoire et civilisations*), y a su concepción de la historia como aquella forma del devenir humano, conocida como parte de su entorno económico próximo.

⁶ Aún cuando Oriente poco a poco permea con sus prácticas los campos de la administración y del comercio internacional, lo que estamos viendo en este mundo globalizado es a un Occidente con tinturas orientales. Las potencias orientales que dominan hoy a la economía de mercado, se conciben ya como concepciones occidentales del mundo económico.

a las "mieles" de la economía internacional. México no ha sido la excepción en este sentido: desde finales de la década de los años ochenta, el país se enfiló por la ruta de la apertura económica y, a partir de 1994 se incorporó al bloque económico de América del Norte a través del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá.

Ante los fenómenos de globalización reciente, -producto de las tendencias neoliberales de la economía mundial-, la actitud del Estado, por lo menos en nuestros países de América Latina y particularmente en México, ha sido la de replegarse frente a los mandatos del libre mercado. El problema del Estado se halla pues en el centro del debate de las políticas neoliberales -que parecen ser la justificación teórica para la existencia de la globalización- pues la naturaleza de los Estados nacionales se ha visto transformada sustantivamente: de ser Estados nacionalistas, sustentados en la tutela de los derechos sociales y las políticas del bienestar, se han transformado en Estados subordinados a los centros de poder financiero internacional.⁷

Esta situación ha sido particularmente evidente en los últimos tiempos, cuando los resultados de la inserción de México a la economía internacional y particularmente al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, los mexicanos no han logrado resolver la pobreza y el desempleo ha obligado a miles de mexicanos a cruzar la frontera hacia Estados Unidos en busca de un mejor futuro. Antes que articularse hacia un escenario prometedor la visión de futuro de un pueblo entero mira hacia el norte despreciando poderosamente a la tierra que lo vio nacer. En ese sentido, la identidad nacional mexicana se refrenda en el sentido de que siempre hemos mirado fuera de nuestras fronteras para alcanzar las "mieles del desarrollo" (Paz, 1959; Bartra, 1996). ¿Cuál ha sido el tránsito de las identidades nacionales hacia estas identidades múltiples, fracturadas, globalizadas y distantes? ¿Qué papel han jugado los medios de comunicación y las tecnologías de información en todo ese proceso?

TECNOLOGÍAS DE COMUNICACIÓN, IDENTIDADES GLOBALES E IDENTIDADES NACIONALES

La tecnología permite y faculta la emergencia y el desarrollo de nuevas identidades, y las nuevas identidades ya no reconocen patrias, ni territorios. La

⁷ Luis Javier Garrido (1997) "La crítica al neoliberalismo realmente existente" en Noam Chomsky. *La sociedad global. Educación, mercado y democracia*, Editorial Joaquín Mortiz, México.

tecnología es pues la nueva arena de relación de los sujetos. Tenemos que estar muy atentos a la forma en que estas nuevas arenas de relación también expresan deseos y generan lealtades.

Los recursos de la globalidad son la computarización, la miniaturización, la digitalización, las comunicaciones vía satélite, la fibra óptica y el Internet.

Por primera vez en la historia, la globalidad informática les ha permitido a los individuos alterar el delicado balance entre los Estados-nación y los individuos. Los gobiernos habían sido capaces de mover fronteras y construir barreras, pero la globalización informativa ha interconectado al mundo en redes y le ha proporcionado a los sujetos la posibilidad real de influir a los mercados y "poner en jaque" a los Estados.

La globalización y las nuevas tecnologías de información han producido nuevos terrenos para la intervención y la revuelta política.

Los medios de comunicación y en general las tecnologías de información en la era de la globalidad han demostrado tener una fuerza y una capacidad sin precedentes en la historia de la humanidad, pueden construir la realidad, pero también alterarla. Estas tecnologías de información pueden ser utilizadas como instrumentos de dominación o de liberación, de manipulación o de enriquecimiento social, de reconstrucción del discurso de la modernidad que postula "a pie juntillas" y como dogma de fe la creencia de que la vida moderna implica un todo coherente, o bien representar el mosaico de la deconstrucción del paradigma modernizador de la globalidad al enmarcar el agotamiento de la razón y la incapacidad del ser humano para visualizar lo que se avecina y es que, "todo lo sólido se desvanece en los aires de la globalidad."⁸

Hemos llegado a un punto en la historia en el cual hemos transformado el sentido de lo local en mundo y del mundo en lo local. A ciencia cierta no sabemos si estamos viviendo el imaginario de la globalidad, o bien si a resultas de la globalidad estamos compartiendo el mismo imaginario social a nivel planetario.

Así pues, entre las consecuencias de la globalización en buena parte de América Latina, incluido México, encontramos justamente un nuevo *mapeo de órdenes*. Los órdenes económico, político, social, tecnológico y comunicacional que fueron nuestros puntos de anclaje o consideraciones teórico-metodológicas para la interpretación del fenómeno de la globalidad, son precisamente, los

planos en los cuales estamos observando una nueva recomposición de mapas de ordenamiento.

Debido a que la globalidad representa una *nueva manera de estar en el mundo*, y debido a que lo global elimina fronteras y, por lo mismo, desconoce territorios, encontramos nuevas formas de relación tejidas por los nuevos espacios virtuales.

La virtualidad de las redes escapa a la racionalidad que conocimos en siglos anteriores; trastorna la imagen mental del mundo que habitamos, multiplica nuestras temporalidades, altera nuestras lógicas anteriores de comunicación y por tanto se convierte en una afrenta directa a nuestras identidades.

En un mundo interconectado como el que ahora vivimos, los contenidos simbólicos que circulan por las estructuras internacionales de comunicación parecen apuntar hacia las identidades globalizantes, es decir aquellas en las que las diferencias culturales se diluyen en favor de una estandarización transnacional. Dicha propuesta intersecta con contenidos simbólicos correspondientes a antiguas identidades nacionales que tradicionalmente circulaban a través de los medios de comunicación y que soportaban bastante bien una idea de país o de Estado nación.

Los nuevos "ciudadanos del mundo" piden para sí la participación y el acceso que el mundo globalizado les promete, pero además se dan cuenta de que las ideologías globalizadoras se encuentran por encima de los intereses del país; que los Estados nacionales han dejado de satisfacer ciertas necesidades y que es menester buscar nuevos reductos para la expresión y la participación. Se da entonces una tensión entre los deseos individuales y los deseos nacionales, o mejor dicho, entre los deseos individuales y los deseos estatales; pero además se da el desgaste de los deseos estatales frente a los anhelos globalizadores.

Aquí es menester hacer un alto, e introducir un paréntesis que nos parece importante: el problema de las identidades en relación con la globalización, reviste varias aristas: identidades globales, identidades nacionales, o bien identidades culturales, todas ellas se encuentran relacionadas con la producción y uso de los contenidos simbólicos que circulan a través de distintas estructuras de comunicación formales y no formales, es decir, con el entramado social en su conjunto.

Por tanto, la oposición entre diversas clases de identidades puede ser vista desde distintos aspectos: todos somos parte de la globalidad, pero la globalidad no existe sino en la medida que reconocemos la presencia de distintas identidades nacionales, es decir, reconocemos a la nación como el constructo que

⁸ Nos permitimos parafrasear a Marshall Berman en el título de su libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI Editores, México 13ª edición.

se esfuerza en corregir una injusticia⁹, y reconocemos al otro como poseedor de ciertos derechos inalienables. Cuando ello no sucede, es cuando los grupos sienten la necesidad de cristalizar su derecho a la participación en demandas concretas sobre la base no de la unidad nacional sino antes bien de la diferencia cultural. El problema es que la nacionalidad y las identidades nacionales están dejando de abordar cuestiones irresueltas de identidad cultural.

Los individuos necesitamos identificarnos con algo o con alguien con el fin de encontrar sentido y dirección de grupo a nuestras acciones. Esos elementos de identidad bien pueden estar en un rescate de la tradición o bien de la herencia cultural o del lenguaje.

Los proyectos nacionales generalmente incorporan diferentes elementos simbólicos, anclados sobre distintos elementos de referencia individual, que se difunden a través de distintos circuitos de comunicación con el propósito de mantener cohesionado al todo social.

En un escenario cambiante en donde los contenidos simbólicos que dan sustento a la identidad ya no son operativos, es necesario recordar que el grupo social se inserta dentro de parámetros más complejos como pueden ser el Estado nacional, las economías de bloque y el nuevo orden internacional. Resulta difícil entonces seleccionar a partir de los contenidos provenientes de todos y cada uno de éstos ambientes, aquellos que puedan dar real y verdadero sentido a las condiciones de identidad que demandan los sujetos.

Ahora bien, como indica Rosales:

Las opciones y decisiones a escala nacional están hoy severamente limitadas por las presiones internacionales que erosionan los principios constitutivos de los estados nacionales. Lo local y lo regional establecen relaciones que traspasan las fronteras nacionales, las transformaciones tecnológicas que han originado la reconversión industrial, la fábrica difusa, las inversiones oscilantes del capital, el uso cada vez más amplio de las telecomunicaciones, los movimientos migratorios, las guerras de "baja intensidad", la violencia interétnica y la formación de fuerzas militares multinacionales, la crisis ambiental y la discusión internacional sobre el desarrollo

⁹ Aquí queremos acercarnos a la idea del filósofo Isaiah Berlin (1909-1997), quien en sus vastas ideas sobre el tema expresó que los nacionalismos nacen cuando los pueblos buscan reconocimiento e independencia en respuesta a la opresión y a la explotación. Asimismo, en la historia de los nacionalismos, Hans Kohn indica que en un principio no fue tanto el Estado-nación, sino el espíritu del pueblo y sus manifestaciones lo que se convirtió en el centro de atención del nacionalismo (Kohn, 1984, p.17).

sustentable, son solamente una parte del escenario complejo donde las identidades nacionales y la pluralidad cultural deben ser comprendidas (Rosales, 1995, p. 6).

Por otra parte, no son solamente los escenarios internacionales los que cambian, son también los escenarios nacionales y la constitución misma de los grupos sociales quienes ya no se sienten satisfechos por los contenidos simbólicos que la sociedad les proporciona. Y es aquí donde haríamos la distinción entre los mensajes que proporcionan los medios, como reflejo de la unidad social y de la identidad nacional que busca la conformación de un estandarizado global que anula las diferencias, mientras que por otro lado estarían los contenidos simbólicos expresados por los propios grupos y que representan la auténtica identidad cultural, viva y cambiante de los sujetos en interacción.

Los contenidos simbólicos de estos dos tipos de mensaje están comenzando a chocar unos con otros: los primeros, los estatales-nacionales responden a una mezcla de modernidad-cosmopolitanismo que pretende llevar la nación hacia un desarrollo que conserve los elementos distintivos de la identidad nacional, de aquello que tradicionalmente ha constituido una estructura con claras aspiraciones hacia la modernidad y la globalización: los segundos, intentando vincular las aspiraciones de grupo y de identidad cultural distinta que comienza a enfatizar la diferencia y que por tanto se contraponen a los contenidos estandarizadores que normalmente difunden los medios de comunicación. Es así que los grupos han comenzado a buscar medios alternativos de expresión en ocasiones distintos de los que son suministrados por las estructuras sociales tradicionales.¹⁰

A partir de la aparición de las economías de bloque, que nos sumergieron irremediabilmente en un torbellino globalizador, las identidades tradicionales perdieron legitimidad, al grado que algunos autores opinan que estamos frente al problema de construir formas postnacionales de identidad (Habermas, 1989; Bartra, 1997).

No podemos aquí dejar de enfatizar esta doble presencia de la identidad, por un lado la identidad cultural y por otro la identidad nacional que es una construcción estatal, difundida a través de distintos medios, que se disemina a través del tiempo y de la historia con el propósito de alimentar a los mecanismos de la tradición y de la mitología.

Ahora bien, en la era de la globalización y de la integración en bloques, los

¹⁰ La interrelación entre los conceptos de identidad cultural e identidad nacional ha sido trabajada en textos anteriores (Casas, en Béjar y Rosales, 1999, 2002 y 2005).

Estados nacionales han sufrido una cierta desagregación interna, vinculándose a otros con el fin de constituir identidades supranacionales con las que sea posible generar nuevos discursos y nuevos mecanismos de acción. El problema radica, precisamente, en que el proceso no ha sido fácil y en que, junto con los discursos globalizadores, encontramos manifestaciones separatistas o excluyentes.

Atestiguamos una tensión entre la búsqueda de los valores universales y los valores específicos. Nos percatamos de una severa crítica hacia los nacionalismos impuestos y hacia los discursos integradores que se ponen en entredicho. Observamos una lenta desintegración de los Estados nacionales originales y una pugna por la reconstitución de identidades a través de las cuales los sujetos no hacen sino remitirse a lo que finalmente les da individualidad y sentido, la raza, la lengua, la religión, las formas de vida; en una palabra aquello que diferencia y separa, aquello que lejos de estandarizar, distingue y que finalmente nutre al espíritu, es decir, la cultura. Y observamos a los medios de comunicación como copartícipes de la contradicción, reflejando momento a momento los deseos individuales frustrados, la decadencia de los valores universales y la gestación de los nuevos discursos. Basta con mirar alrededor para comprender que quizás los movimientos separatistas son una reacción nueva a una vieja disputa no resuelta del reconocimiento de las identidades culturales.

Al principio, la disputa fue hacia los Estados nacionales que albergan en su seno a los grupos culturalmente distintos; ahora el reclamo quizás también sea ante un mundo que busca integraciones en bloque que grandemente diluyen las diferencias culturales, ya que como indica Habermas, las ideas abstractas de la universalización constituyen la materia dura en que se refractan los rayos de las tradiciones nacionales, del lenguaje, la literatura y la historia de la propia nación (Habermas, 1989, p. 102).

Es difícil que la vida cultural, lingüística e histórica de un pueblo coincida con la organización que representa el Estado (Habermas, 1989, p. 115). No obstante, ello no significa que el contenido universalista deje de tener vigor, lo que sucede es que en el momento en el que el Estado ya no satisface las necesidades de expresión política de los deseos universales así como de los deseos individuales o culturales es que el individuo pone en tela de juicio la constitución del Estado nacional y pugna por la separación.

Los medios frecuentemente hacen eco de las contradicciones cuando el proyecto de nación propuesto por los Estados nacionales deambula sin rumbo o sin proyecto definido, o cuando definitivamente camina en rumbo opuesto a la distinción cultural. Es entonces que los grupos buscan manifestarse de

diversas formas. Y es que, siguiendo a Geertz, no existe naturaleza humana independiente de la cultura [...] (sin ella, los hombres) serían monstruosidades inexplorables con escasos instintos útiles, pocos sentimientos reconocibles y nada de intelecto: casos de canastas mentales (Geertz, 1974, p. 49).

Uno se pregunta entonces si esta vuelta a las diferencias culturales no busca sino huir de las inconsistencias (indefinición cultural) de una civilización globalizada, o si las identidades nacionales pueden en todo caso transformarse para responder a los nuevos escenarios de la globalidad y la localidad. El gran reto del siglo XXI, para muchos pueblos, consiste en tolerarnos y aprender a vivir juntos (Touraine, 2000); entender que si bien la globalización nos acerca, también puede separarnos si no hacemos un esfuerzo grande para la convivencia.

La gran inconsistencia de la globalidad consiste en haber difundido la noción del acceso a los bienes y a los servicios en términos de un solo discurso unificador, cuando que la convivencia implica, por su parte, el reconocimiento de la existencia de identidades múltiples, el respeto a la pluralidad étnica y cultural, y el acceso a las posibilidades de representación de todas las visiones en los mensajes de comunicación que transitan por el espacio público.

Lo peor que puede pasar, por tanto, es que los medios en lugar de contribuir a la construcción de un foro libre para el diálogo, se conviertan en árbitros de la sociedad para la calificación del enfrentamiento entre las diversas visiones de grupo (Wolton, 2004).

DIFERENCIACIÓN O BÚSQUEDA DE CONSENSOS: VISIONES EN CONFLICTO

Las naciones del mundo hoy parecen enfrentarse a dos tendencias en conflicto permanente: por un lado, su inclusión en el mundo, y por otra parte su diferenciación cultural y nacional.

México, ciertamente no es la excepción ante este fenómeno. Los indicios apuntan, cada vez de manera más frecuente, que la ciudadanía y la diversidad cultural parecen estar relacionadas a la inversa. Cuando una crece, la otra decrece.

Los movimientos de participación política, promovidos en gran medida a través de los medios de comunicación, como bien pueden atestiguar los acontecimientos de la política mexicana reciente, se encuentran retomando en gran parte los elementos del discurso de la nacionalidad para obtener cohesión social, pero asumiendo también el hecho de que la globalidad es un ideal a alcanzar al cual solo podemos acceder a través de los imaginarios que los propios medios recrean.

México no es una sociedad uniforme, en ella coexisten una multiplicidad de grupos, con identidades culturales diferenciadas, que a su vez coexisten y también intentan convivir cobijadas por una identidad nacional única. La convivencia, no siempre es armónica,¹¹ pero además, las formas en las que los mexicanos definen sus formas de integración y las expresan de manera política, varía en razón de las diferentes maneras en las que cada grupo vive su propia identidad y aspira a insertarse dentro de otras identidades políticas o culturales. Las viejas identidades nacionales coexisten con nuevas identidades postnacionales. Las culturas autóctonas conviven con culturas híbridas y los consumidores convertidos en ciudadanos entran en conflictos multiculturales en el marco de la globalización (García Canclini, 1990, 1995). Los mexicanos que viven en los Estados Unidos quieren ser norteamericanos, pero no renuncian a ser mexicanos; los mexicanos que viven en el centro del país reconocen a los de las regiones, pero siguen pensando en términos centristas respecto de cómo debe conducirse el país entero; los mexicanos urbanos reclaman las "mieles" de la modernidad, pero de vez en cuando aprecian y reclaman el folclor del campo como propio. En fin, que en este cúmulo de identidades encontradas se espera, además, que los ciudadanos encuentren el espacio, o los espacios para la participación política. Por su parte, los ciudadanos carecen de elementos para insertar los nuevos elementos que reciben y aquellos que están más envueltos en ésta carecen de ciudadanía plena, como indica Bonfil en relación al México imaginario y al México profundo (Bonfil, 1991), o como han anotado otros en relación al México indígena y al México ladino (Rosado, 1991, p. 83).

Los medios de comunicación sin embargo, crean zonas de visibilidad o invisibilidad cultural, apuntando hacia la difusión de las prácticas de unos y la supresión de las prácticas de otros. Ello no quiere decir que éstas últimas no existan, lo que sucede es que la diferencia cultural representa una amenaza al orden cultural. Por otro lado, cuando esta diversidad cultural es presentada, parece como si los medios se empeñaran en resemantizar sus rasgos con el fin de hacerlos congruentes con los patrones bien de los Estados nacionales o bien de la globalización.

Es cierto también que los sujetos retoman productos simbólicos de uno y otro ámbito, recreando su valor con el propósito de generar nuevos elementos

simbólicos que se suman a la identidad. La *hibridización* (García Canclini, 1990) no obstante no interfiere con los dos grandes discursos que se encuentran presentes: el del Estado y el de la globalización, antes bien, los propios procesos de hibridización integran ambos discursos al punto de hacerlos compatibles, el riesgo está sin embargo en la construcción de un *nuevo discurso* frente al cual aparecen las incongruencias del sujeto globalizado al que se le ha ofrecido el acceso y la participación plena, y del sujeto ciudadano que de hecho no participa.

La disyuntiva es la siguiente: para el Estado, difundir un discurso nacional que permita mantener la integridad nacional y que a la vez sea congruente con el discurso internacionalizador de las economías de bloque; para los diversos grupos sociales, garantizar un nivel de democratización tal que les permita mantener su identidad cultural en diferentes espacios públicos. Las identidades son definitivas en términos de la acción social. Los sentimientos de pertenencia a un grupo son fundamentales cuando este grupo decide o no participar políticamente para expresar proyectos alternativos. En una primera instancia las identidades culturales pueden convivir con las identidades nacionales ya que el pertenecer a una colectividad mayor llamada Estado-nación puede en un momento dado reportar beneficios para la administración de la riqueza; sin embargo, en el momento que la asociación estatal deja de ser benéfica para los grupos involucrados éstos pueden optar por escindirse de tal asociación.

La tensión entonces es permanente, la de los medios por proyectar una realidad nacional que aparentemente comulga con una realidad internacional, y la de los diversos grupos que pugnan por manifestarse indicando las inconsistencias de las ideologías inclusoras. Los movimientos sociales importantes o de ruptura, alimentados por las identidades culturales y presionados por la presencia de hegemonías culturales nacionales, transnacionales o globalizadoras son fuertemente rechazados por movimientos de exclusión que frecuentemente son más esenciales, más vitales, más existenciales que los primeros. En un mar de contradicciones, la universalidad entra entonces en contradicción con la regionalidad, la unidad con la separación; la similitud con la diferencia.

Ante esta contradicción, presente además en muchas partes del mundo, los Estados nacionales se han visto obligados a reconocer la diversidad dentro de la unidad, las posibilidades de nuevos pactos políticos que reconozcan la autonomía dentro de la integración o de los federalismos, y en todo caso a admitir las posibilidades de la fragmentación política que no es otra cosa sino la manifestación de una fragmentación cultural previa. La lucha deviene cuando,

¹¹ Como bien hemos podido atestiguar a través de enfrentamientos recientes no solo entre organizaciones partidistas con distintas filiaciones políticas, sino también a través de las diferentes perspectivas que cada grupo enarbolaba como proyectos de nación viables de cara al cambio de gobierno.

en aras de la unidad, las ideologías tienen que replegarse a sí mismas para poder subsistir, cuando los movimientos luchan por la tolerancia que frecuentemente los grupos no están dispuestos a ofrecer, y cuando la intransigencia transita de la acción social civilizada a la acción violenta.

Los medios privilegian o no contenidos separatistas en la medida en que estos atentan o no contra la eficiencia misma de la estructura de medios y del sistema social al cual sirven; se apropian de las cargas culturales que de por sí están ya circulando en el ambiente y se aprovechan de su profundo valor emotivo, pero en general y debido a que optar por la separación puede ser igualmente riesgoso para ellos, casi siempre reviven las identidades nacionales o las substituyen por identidades globalizantes que contrarresten las expresiones legítimas de los diversos grupos. Los movimientos excluyentes adquieren fuerza en la medida en que no logran cristalizar sus demandas a través de las estructuras existentes.

La pluralidad o la diversidad cultural no puede coexistir con la unidad mientras no se dé la tolerancia: cultural y política. Y la tolerancia política no puede darse cuando atenta contra la unidad. Es por ello que viendo amenazada su identidad los Estados insisten en diluir las de por sí uniformizadas diferencias de la pluralidad cultural transformándolas en identidades nacionales o en identidades globalizantes.

La confrontación de identidades se da ahora en los medios: la declaración política, la entrevista, la conferencia de prensa, la guerrilla virtual son ahora los campos simbólicos en los que se produce la batalla entre las identidades: los universalismos globalizadores, versus los particularismos culturales se ven confrontados en el éter que transporta los contenidos simbólicos de los medios.

Como dice Morin, es indispensable poder concebir la unidad de lo múltiple y la multiplicidad de lo uno. El verdadero problema es ser capaces de ver lo uno en lo otro. A menudo tendemos a ignorar la unidad del género humano cuando se ve la diversidad de las culturas y de las costumbres, y a borrar la diversidad al contemplar la unidad. Es necesario comprender lo uno y lo múltiple, ya que las mentes incapaces de concebir la unidad de lo múltiple y la multiplicidad de lo uno generan irremediablemente la unidad que homogeneiza o las multiplicidades que se encierran en ellas mismas (Morin, 1997). Las leyes del azar social hicieron que la moneda cayera sobre la cara de la globalización y por ello éste es el estándar con el cual queremos medirlo todo; pero la base sobre la cual la moneda se apoyaba ostenta fisuras y presenta ahora a la moneda de canto, o vemos ambas caras, o muy probablemente el siglo XX pase a la

historia de la humanidad como el final del reconocimiento del otro por la vía del empecinamiento.

Globalización y separatismos son las dos caras de la misma moneda; el problema radica en que nos empeñamos en ver solamente una de ellas, sin comprender que ambas son facetas de la misma naturaleza humana.

La comunicación y los recursos simbólicos son los elementos fundamentales para la apropiación y la construcción de identidades individuales y colectivas; por lo tanto la comunicación puede ser pensada en términos de acceso a las tecnologías y por ende a la apropiación o exclusión de recursos simbólicos intercambiables. En cierto sentido, los estudios comunicacionales se apoyan en la apropiación desigual de dichos recursos, en la medida en que compartir ciertos repertorios depende de estar o no, de formar parte o no, de determinado circuito de comunicación (García Canclini, 2004, pp. 13-14).

Por tanto, así como la identidad es el motor de la cultura, la identidad nacional es el producto de las fuerzas que intervienen en la conformación de las identidades nacionales desde el punto de vista de lo social y de lo político. Ambas, tanto las identidades personales como las nacionales se encuentran sujetas a los grandes discursos sociales, entre los que se encuentran los discursos de la modernidad o la globalidad.

Los sistemas simbólicos tienden a presentarse como constructos cada vez más complejos en la medida en que los sujetos incorporan identidades múltiples a las cuales solamente se puede acceder por la vía de la tecnología. Se es, en la medida en que se participa o se está conectado, la inclusión al grupo o la exclusión de éste grupo o la pertenencia a otro, se determinan en buena medida por lo que el imaginario social propone como deseable para una determinada sociedad.

De manera particularmente interesante en todo este proceso, encontramos por tanto que las condiciones de producción, circulación y consumo de productos simbólicos y culturales ya no se generan en una sola sociedad o en un solo grupo, sino que se reelaboran interculturalmente, no solo dentro de una etnia, ni siquiera dentro de una nación, sino en circuitos globales, traspasando fronteras, volviendo porosos los tabiques nacionales o étnicos y haciendo que cada grupo pueda abastecerse de repertorios culturales diferentes. Esta configuración transversal del sentido complejiza cada sistema simbólico (García Canclini, 2004, p. 35).

El sujeto global se encuentra pues enfrentado a una cierta noción de modernidad que lo lanza necesariamente hacia una realidad compleja que hay que

escrutar. Hacia una realidad que debe, de alguna manera *cobrar sentido* a fin de alcanzar relevancia y asegurarnos la presencia de ciertas regularidades en el devenir social. Así, sin una posibilidad de construir sentido frente a sí y frente a su realidad, el individuo se encontraría totalmente privado de identidad; por tanto, la gestión de identidades tanto a nivel personal como social, tiene su correlato en la justificación de un determinado imaginario social. La nueva realidad global pues promete cambio, y ese es un factor que incide directamente en las fuerzas que moldean las identidades. Así pues, la tecnología y los medios de comunicación se han convertido, en muchos sentidos, en reductos modeladores de la identidad. Su función, iniciada a partir de la modernidad y de los grandes cambios de la globalidad, se inserta primero en el renglón de la articulación de las identidades individuales, para a partir de ahí ir conformando lo cultural y lo nacional.

Vivimos en una época en que la contradicción entre la diferencia y la articulación con la estandarización de la globalidad, se funden, y en donde, de una manera esquizofrénica, los diversos circuitos de comunicación parecen llevar toda suerte de mensajes, toda suerte de flujos de información, unos para reafirmar la diferencia, otros para apuntalar a la globalidad.

CONCLUSIONES

El mundo contemporáneo vibra a causa de dos fenómenos aparentemente contradictorios: implosión y explosión. Gracias a las nuevas tecnologías estamos frente a una explosión de información, pero el mundo se ha hecho pequeño. A eso le hemos llamado globalización y entre otras cosas hacemos referencia a ella cuando hablamos de las nuevas tecnologías de información.

En el nuevo discurso del fin de siglo y fin de milenio es común escuchar que estamos viviendo en la era de información, que somos parte de la sociedad informatizada, o también que la utilización de dichas tecnologías está afectando diversos órdenes de la vida social.

Es bien sabido que a la comunicación se le está redefiniendo desde los distintos saberes de las ciencias sociales para considerarla como un proceso que atraviesa varios espacios. Aquí, consideraremos el espacio como "... un conjunto de planos atravesados por procesos sociales diferenciados [...] (Así) local, nacional y mundial deben ser vistos en su atravesamiento. Local, nacional y mundial se entrelazan, por lo tanto, de formas diversas, determinando el cuadro social de espacialidades en su conjunto" (Rubens y Lacarrieu, 1999, pp.

9-24). Esta noción es fundamental debido a su relación con otras categorías como la identidad nacional, el estado-nación, la cultura, el territorio, la clase, o la comunidad.

Así, la comunicación da cuenta de algunas cuestiones diversas que tienen que ver con fenómenos de agregación social, en donde conceptos como las configuraciones territoriales, los medios de comunicación, las fronteras, las comunidades, las formas de hacer política, la ciudadanía, y otros factores relacionados entran en juego para conformar las identidades dentro de la nueva cultura que privilegia los medios de comunicación y sus contenidos globalizados por encima de la cultura propia.

Hoy en día, se habla de México como una nación pluriétnica y pluricultural, y en ese sentido se tiene que dar reconocimiento jurídico, no solo al individuo, sino también a los grupos culturales. La propuesta entonces es pensar en el individuo como un agente de las actividades sociales en las que participa como productor, como consumidor y como ciudadano.

Visto en ese sentido, el ciudadano exige acceso a los bienes culturales, y se expresa de distintas maneras: buenas viviendas y servicios urbanos, educación, salud, acceso a la información y a los medios de comunicación. Al privilegiar la producción y el consumo de algunos de ellos, con significados específicos, estamos minando la posibilidad de gestión de los propios grupos culturales por sobre los objetos que producen o que podrían producir; en ese sentido estamos afectando la *ecología cultural* entendida ésta como la interferencia ejercida sobre los objetos y sus significados a través de la interacción de los grupos humanos. Por supuesto que, las culturas tienen almacenes simbólicos dispares, sin embargo, existe cierto bagaje o *capital cultural* del que una sociedad dispone y que establece las categorías, formas de conocimiento, o posibilidades de valorar las expresiones culturales de acuerdo con la experiencia de los individuos o de los grupos.

La posibilidad de acceso a los bienes culturales, la capacidad de los sujetos de convertirse en individuos participantes en los procesos, la posibilidad de una *ciudadanización* o participación del capital cultural generado por una sociedad, y todas las variantes derivadas de estos aspectos tienen que ver no solamente con la forma de plantearse proyectos de nación o de cultura por parte de los Estados nacionales, sino también con las formas de proporcionar a los ciudadanos los accesos indispensables a la información y de garantizar las formas de expresión de la diversidad de sus manifestaciones culturales.

En México, estamos viendo procesos yuxtapuestos: por un lado, un Estado que deja en manos del mercado y de las grandes tendencias internacionales el

desarrollo de la economía, enfrentado a grupos culturales específicos que reclaman su participación directa en los mecanismos de expresión a través de los medios, y por otro lado, el anquilosamiento de estructuras políticas y jurídicas que no corresponden ya a la dinámica de la producción y distribución de los bienes. Para nuestro país, como quizás sea el caso para algunos otros países en Latinoamérica, un cambio de paradigma en términos de reconocer y respetar la multiplicidad cultural y la presencia de nuevos grupos, puede ser la piedra angular que garantice no solo la pervivencia y el desarrollo, sino también la evolución armónica del entramado social.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbinnett, R. (2003). *Culture & Identity. Critical Theories*. Inglaterra: Sage.
- Balibar, E. & Wallerstein, I. (1991). *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*. Nueva York, EE.UU.: Verso.
- Bartra, R. (1996). *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo.
- Bartra, R. (1997). "The Bridge, the Border and the Cage: Cultural Crisis and Identity in the Post-Mexican Condition", conferencia presentada en la sesión inaugural plenaria de la reunión anual de la *American Sociological Association*, 9 de agosto de 1997, traducida en *Vuelta*, número 255, febrero.
- Bartra, R. (2002). *Anatomía del mexicano*. México: Plaza y Janés.
- Béjar Navarro, R. (1983). *El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Béjar Navarro, R. & Rosales, H. (coords.). (1999). *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*. México. Siglo XXI.
- Béjar Navarro, R. & Rosales, H. (coords.). (2002). *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Los desafíos de la pluralidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Béjar Navarro, R. & Rosales, H. (coords.). (2005). *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Berman, M. (2001). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI Editores.
- Bonfil Batalla, G. (1991). *México profundo: Una civilización negada*. México: Alianza Editorial.
- Bonfil Batalla, G. (1999). *Pensar nuestra cultura*. México: Alianza.
- Braudel, F. (1991a). *Escritos sobre historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Braudel, F. (1991b). *Las civilizaciones actuales*. México: Rei.
- Capello, H. M. (2006). "Las orientaciones del arte popular y su influencia en la identidad y carácter cívico político en México", conferencia presentada en el seminario permanente sobre identidad nacional, 14 de agosto de 2006, Proyecto identidad nacional y carácter cívico-político. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, México
- Casas Pérez, M. (1996). Hacia una política cultural autónoma de comunicación. En J. Esteinou (coord.). *Espacios de comunicación*. México: Universidad Iberoamericana.
- Casas Pérez, M. (1998). Consideraciones y consecuencias metodológicas en torno a la globalización y la comunicación. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*, 43 (171), 31-50.
- Casas Pérez, M. (2000). *Medios de comunicación y libre comercio en México*. México: Trillas.
- Chomsky, N. (1997). *La sociedad global. Educación, mercado y democracia*. México: Joaquín Mortiz.
- Dieterich, H. (coord.). (1997). *Globalización, exclusión y democracia en América Latina*. México: Joaquín Mortiz.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo/CONACULTA.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona, España: Gedisa.
- Gauntlett, D. (2002). *Media, Gender and Identity. An Introduction*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Geertz, C. (1974). *La interpretación de las culturas*. México: Siglo XXI.
- Gellner, E. (1978). *Thought and Change*. EE.UU.: University of Chicago Press.
- Gellner, E. (1993). *Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona, España: Gedisa.
- Habermas, J. (1993). *Identidades nacionales y postnacionales*. México: Rei.
- Kohn, H. (1984). *Historia del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morin, E. (1997). *Introducción al pensamiento complejo*. Valladolid, España: Universidad de Valladolid.
- Paz, O. (1959). *El laberinto de la soledad* (2ª. Ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Rosaldo, R. (1991). *Cultura y verdad. Nueva propuesta para el análisis social*. México: Grijalbo/CONACULTA.

- Rosales Ayala, H. (1991). Políticas culturales en México. En *Aportes de investigación* 50. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Rubens, B. & Lacarrieu, M. (1999). Presentación. Nuevas perspectivas sobre la cultura en la dinámica global/local. En *Nuevas perspectivas sobre la cultura en la dinámica global/local*. Argentina: Ediciones Ciccus. La Crujía.
- Touraine, A. (2000). *¿Podemos vivir juntos?: Iguales y diferentes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villegas, A. (1993). *Pensamiento mexicano en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wolton, D. (2004). *La otra mundialización. Los desafíos de la cohabitación cultural global*. Barcelona, España: Gedisa.

CAPÍTULO 2

Pérdidas y ganancias de la sociedad mexicana con la Ley Televisa

Javier Esteinou Madrid*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD XOCHIMILCO

La aprobación de la Ley Televisa por el Congreso de la Unión en el año 2006 representó un gran retroceso y pérdidas para la sociedad mexicana, pues fue una propuesta jurídica que defendió desproporcionadamente los intereses monopólicos de las grandes industrias culturales, especialmente, televisivos; y marginó drásticamente las necesidades y derechos comunicativos básicos de los grandes grupos nacionales demandados, desde hace más de 45 años en el país.

Sin embargo, el triunfo de la *Ley Televisa* no sólo ocasionó que se frustrara temporalmente el objetivo global de democratizar el sistema de comunicación de la República; sino que también provocó que se conquistaran diversas ganancias sociales en éste periodo de construcción de nuestra frágil democracia comunicativa a principios del siglo XXI. De ésta forma, se alcanzaron diversos progresos colectivos con los cuales se crearon bases históricas relevantes para continuar avanzando políticamente en la edificación de un nuevo sistema de comunicación nacional que supere el viejo *Modelo de Comunicación* practicado por la radiodifusión nacional en los últimos 55 años.

Palabras clave: *Ley Televisa, democracia comunicativa, reforma a la radiodifusión, derechos comunicativos, transición política, participación social.*

* Investigador Titular del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Doctor en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Maestro en Sociología por la Universidad Iberoamericana (UIA) y Licenciado en Ciencias y Técnicas de la Información por la Universidad Iberoamericana (UIA).